

Desy
Icardi

**EL AROMA
DE LOS LIBROS**

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *L'annusatrice di libri*

Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo
Literary Agency.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2019 Fazi Editore srl

© de la traducción: Xavier González Rovira, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-809-0

Depósito legal: M. 87-2020

Printed in Spain

Capítulo 1

«Todas las buenas alumnas se parecen unas a otras, pero cada alumna burra es burra a su manera.»

Una leve risita estalló en el primer pupitre, seguida de inmediato por una risa más burda.

—¡Señoritas! —las hizo callar el reverendo Kelley frunciendo las hirsutas cejas grises mientras la pobre Adelina permanecía clavada al lado de la cátedra con la mirada dirigida hacia el suelo; las delgadas trenzas de un color rubio apagado, como su humor, colgaban hacia abajo.

A un espectador ignorante aquel cuadro podría haberle parecido anacrónico: un aula austera y destartalada, un profesor con rostro severo en hábito talar y unas chiquillas que se estremecían de miedo en sus uniformes colegiales. Si no hubiera sido por los peinados excesivamente voluminosos de algunas de las alumnas y por un vago olor a laca que revoloteaba entre los pupitres, cualquiera podría haber pensado que estaba en plena mitad del siglo XIX en vez de en 1957.

—¿Por qué se ríe, señorita Bosio? —preguntó el profesor con voz profunda, aún más amenazadora por el acento extranjero.

Giuditta Bosio, hija segunda de un joyero de via Roma, se puso en pie como un torpe y corpulento soldadito; de su incómodo y complicado peinado emanó el olor sintético del espray fijador.

—Venga, señorita Bosio, ¿por qué se estaba riendo?

La mirada de Giuditta encontró la de Adelina más o menos en la misma baldosa. Giuditta no tenía ni idea de por qué se había echado a reír o, mejor, sabía que lo había hecho para emular a su compañera de pupitre.

—¿Y usted por qué se estaba riendo, señorita Vergnano?

Luisella Vergnano, primogénita de un notario de la plaza Solferino, se levantó con majestuosa lentitud, se apartó un mechón rizado de la frente y clavó su mirada directamente en el rostro ceñudo y amarillento del profesor.

—Me estaba riendo —empezó con voz firme— por la frase que acaba de pronunciar.

—La ha tratado de burra —se inmiscuyó Giuditta en un arrebato fulgurante.

—¿Por eso se reía, señorita Vergnano? —continuó el hombre señalando a Adelina, todavía inmóvil, que ahora observaba a sus compañeras con esos ojos azules suyos que se perdían en su carita pálida, como manchas de tinta desvaída en una hoja en blanco—. ¿Se reía porque he tratado de burra a su compañera?

—No, profesor —contestó Luisella mientras un leve rubor coloreaba sus radiantes mejillas—. Me reía de la cita.

La cara del profesor se iluminó de orgullo mientras el rostro de la chica recuperaba su colorido habitual.

—¿Quiere hablarme de esta cita? —prosiguió el reverendo sin atender ya a la alumna preguntada en un principio, que ahora, para superar la tensión, se retorció una trenza.

—Se trata de las palabras iniciales de *Anna Karenina* —respondió Luisella mientras notaba las miradas admiradas de sus compañeras acariciándole los hombros—. La frase dice más o menos lo siguiente: «Las familias felices son todas iguales, mientras que las familias infelices lo son cada una a su manera».

—¿Y esa sería la frase que he utilizado?

—No, no exactamente. —Luisella dudó un instante y el suave rubor reapareció—. Usted ha hecho...

—¿Qué he hecho, señorita? —la azuzó.

—Una parodia —suspiró mientras el rubor desaparecía otra vez.

—Exacto —confirmó el reverendo suavizando de manera apenas perceptible sus severos rasgos—. Tráigame la agenda.

Un relámpago de indignación se asomó en los ojos verdes de Luisella, que, de todos modos, estaba dispuesta a obedecer.

—No le ponga una nota negativa, se lo ruego —susurró Adelina, haciendo un enorme esfuerzo para levantar la mirada del suelo—. Se ha reído de lo burra que soy y no es culpa suya si lo soy tanto.

—Tiene razón y se equivoca al mismo tiempo —respondió el reverendo, que cogió la agenda que Luisella le entregaba—. Está en lo cierto cuando afirma que es una burra, pero se equivoca cuando cree que le pondré una nota negativa a la señorita Vergnano. Tenga —le dijo devolviéndole la agenda a su propietaria—. Diez y matrícula.

—Pero a mí no me ha preguntado —tartamudeó Luisella.

—Lo he hecho y merece una nota, como también su compañera, ¿no le parece?

Un escalofrío recorrió a Adelina.

—Señorita Vergnano —continuó dirigiéndose a su alumna favorita—, ¿no cree que su compañera se merece un dos?

Luisella notó el peso de treinta y ocho pupilas posadas de nuevo sobre ella.

—Creo que no debería ponerle un dos —contestó instintivamente para luego arrepentirse de inmediato.

—No ha abierto el pico.

—Sí, pero... —Luisella miró a la imputada de la cabeza a los pies, deteniéndose en los viejos calcetines grises que llegaban obscenamente hasta la falda plisada del uniforme escolar— creo que mi compañera podría hacerlo mejor —titubeó—. Podría examinarla otra vez mañana.

—¿Usted cree que podría echarle una mano?

—Con mucho gusto —contestó también esta vez sin pensárselo y de nuevo se arrepintió.

—Confío en su generosidad. Vuelvan ambas a sus sitios.

—Gracias, reverendo Kelley —le agradeció Luisella con un gesto casi de reverencia.

—Muchas gracias —se hizo eco Adelina, que, como un animal acosado, se había refugiado ya detrás de su pupitre en el fondo del aula.

—Una cosa más, señorita Vergnano —la llamó de nuevo el profesor partiendo por la mitad el suspiro de alivio de toda la clase—. Si mañana su protegida obtiene un suficiente, le garantizo a usted un hermoso diez en el boletín.

—Gracias, profesor.

—Pero si saca un insuficiente, se lo pondré también a usted.

Luisella escondió toda su rabia detrás de una forzada sonrisa de asentimiento.

—Ahora abran sus libros por la página sesenta y dos. —El tenue zumbido producido por el alumnado se convirtió en el frenético revolotear de las páginas—. Señorita Valente, empiece a leer —ordenó el reverendo a una morenita sentada en la tercera fila.

—Tenías que haber dejado que esa burra se las apañara como pudiera.

—¡Déjalo ya, Giuditta! —gruñó Luisella a su compañera de pupitre—. Tú también eres muy burra y sin embargo siempre te he ayudado.

—Al menos yo no llevo esos zapatones de pueblerina —contestó Giuditta con el orgullo de quien ha expuesto una óptima argumentación—. Y, además, me prometiste que hoy por la tarde iríamos a tomar un chocolate al Café Fiorio.

—Calla, Giuditta, cállate —silbó Luisella hundiendo la nariz en el libro de texto.

Capítulo 2

Amalia se miró satisfecha en el espejo: el remiendo en la falda de seda negra ni siquiera se notaba. Teresina, la chica que la ayudaba con las tareas domésticas, le señalaba a menudo que todavía podría ser una mujer muy hermosa, bastaba con que se tiñera el pelo como ahora hacían todas sus coetáneas cincuentonas.

—Estamos ya casi en los años sesenta —le repetía la chica—, ¡no hay nada malo en querer parecer más joven!

Amalia negó con la cabeza; ¿qué podría saber del tema Teresina? Había llegado del Véneto con parches en el trasero y, para empeorar la situación, se casó con un tipo del mercado de Porta Palazzo todavía peor situado que ella.

También Amalia, muchos años antes, había llegado a Turín con parches no solo en el trasero, sino en todas partes, y, sin embargo, se había convertido en madama Peyran. Había sabido cómo hacer dinero y, sobre todo, había logrado conservarlo; y no caía en absoluto en aquellas historias de tintes para pelos, cosméticos y hermosos vestidos. Todo ello eran cosas que quizás podrían servir de soltera, pero, una vez encontrado marido, las cataplasmas y los maquillajes ya no eran necesarios; y mucho menos resultaban precisos para una viuda.

—Gracias, Gottardo —susurró mientras se besaba las puntas de los dedos y las ponía sobre el cristal ennegrecido que custodiaba la foto de su difunto marido—. Gracias por haber hecho de mí una señora.

Era realmente un fornido y guapo mocetón su Gottardo, vestido con el uniforme de la Aeronáutica Real; lástima que Amalia no lo hubiera conocido a esa edad. Se casaron cuando ella tenía veintiséis años y él, cincuenta y dos.

Amalia había nacido y crecido en el campo, en un pueblecito del alto Monferrato, y la habían enviado a trabajar a Turín en 1934, cuando a esas alturas su futuro parecía irremediabilmente abocado al fracaso. Era la segunda de cuatro hermanos: Antonio, el mayor, que pronto se casaría y heredaría la empresa familiar; la hermana Maria Pia, un par de años más joven que ella, que vivía con su marido en una granja como aparceros y que acababa de sacar de sus entrañas a su tercer hijo, y Adelmo, su hermanito de catorce años que se partía ya el lomo en el campo para ayudar por su parte.

En esa época, Amalia había cumplido ya veinticuatro años y era lo que podría definirse como una guapa mujerona: alta, esbelta, con un cuerpo rollizo pero sin estar gorda y una densa cabellera de pelo rubio miel. Su cara, bueno..., no era tan atractiva: tenía unos rasgos duros y una nariz maciza, pero los defectos se desvanecían gracias a sus grandes ojos grises y su rosácea fresca de juventud. Maria Pia, la hermana pequeña, era sin duda alguna la más graciosa de la prole, pero tenía un físico endeble y una altura insignificante. El dueño de una granja seguramente se habría sentido más atraído por una soldado como Amalia —rubia como las divas del cine, pero dotada de unos brazos y muslos sólidos capaces de llevar a cabo el trabajo de un muchacho— que por la más agraciada pero demasiado débil de su hermana pequeña. Por eso, según la opinión de su padre, la pobre Maria Pia hizo bien al contentarse con un aparcerero, mientras que Amalia aún podía aspirar a un buen partido. Lamentablemente, sin embargo, el ajuar de Amalia dormitaba en el baúl desde hacía un tiempo y, hasta ese momento, ningún hombre, o al menos ningún hombre digno de la aprobación paterna, había dado un paso adelante.

—Ya le regalé mi hija pequeña a un aparcerero —repetía él cuando alguien le señalaba que su Amalia estaba muy cerca de cumplir los

veinticinco años—. Al menos esta quiero que sea la dueña de su casa.

Por fin, un día acaeció el milagro que toda la familia estaba esperando: la tía Amedea, que había acompañado a Amalia a la carpa de baile de las Fiestas de San Roque, le confesó a su hermano que la había visto con sus propios ojos dar tres o cuatro giros —en un determinado momento, con todo lo que giraba, había perdido la cuenta— de baile consecutivos con Leandro Armosino, el hijo del transportista.

—¿Ese que tiene un camión? —exclamó el hombre—. Bien, pero que muy bien.

Unas semanas más tarde enviaron a Amalia a comprar al mercado de un pueblo cercano y a la vuelta la pilló un temporal. Cuando ya estaba la pobrecita empapada como una cereza en licor, la suerte quiso que precisamente pasara por ese camino el deseado Leandro a bordo de su reluciente camión.

—Súbete, Amalia —la invitó con rústica galantería—. Te acompaño a casa.

Cuando el camión entró por el granero de la granja, los padres de Amalia ya estaban con los nervios a flor de piel.

—Esto ya está hecho —le susurró el padre a su esposa—. Saca vino dulce y las pastas de maíz.

Leandro, sin saber ni siquiera muy bien cómo, se vio sentado en el comedor, en una habitación donde el día y la noche eran fenómenos desconocidos, debido a que las persianas siempre estaban selladas para impedir que el sol destiñera la tapicería.

—Vosotras, mujeres, poneos allí —ordenó el padre a la esposa y la hija—. Dejad que nosotros hablemos de nuestras cosas.

El joven Adelmo, el hermanito de catorce años, no tenía ni idea de si era mejor seguir a las mujeres o permanecer con el padre y el jovenzuelo del camión. Si se levantaba, podrían decirle: *¿Por qué te marchas? ¿Acaso eres una mujer?*, pero si se quedaba, su padre podría echarlo gritando: *Los niños no tienen que meterse en los asuntos de los mayores*. Después de unos cuantos segundos de elucubra-

ción, Adelmo decidió que prefería hacerse pasar por niño más que por mujer y por tanto se quedó sentado junto a los hombres, tanto más porque sobre la mesa había vino dulce y pastas de maíz.

—¿Te van bien los negocios? —empezó el padre asestándole una palmada en el hombro al que consideraba ya su futuro yerno.

—Muy bien, gracias.

—Tenéis cuatro o cinco carros y un camión, ¿verdad?

—Seis carros y dos camiones. Hemos comprado otro que nos entregarán el mes próximo.

—Bien, muy bien —farfulló el hombre—. Y pensar que cuando tu padre vendió sus tierras para comprarse el primer carro más de uno lo trató de idiota. Yo no, claro.

El pequeño Adelmo grabó mentalmente la valiosa información: agricultura igual a hambre negra, camión igual a riqueza.

El joven Leandro, en cambio, sin saber ni qué pensar ni tampoco qué decir, decidió ocupar la boca con una galleta de maíz.

—Escucha, jovenzuelo —volvió a la carga el hombre—, ahora que tu padre se va haciendo mayor tendrás que hacerte cargo tú de todo. Eres hijo único, ¿verdad?

—Sí, también tendré que encargarme de la administración y de la contabilidad.

—¿En serio? —Se asombró el hombre, como si el muchacho, en vez de «administración» y «contabilidad», hubiera dicho «brujería» y «nigromancia».

—Sí, el año próximo iré a una escuela de administración empresarial en Asti, donde aprenderé el sistema de partida doble y mecanografía.

—¡Qué me cuentas!

—Yo preferiría conducir el camión en vez de estudiar —dejó caer Adelmo.

—Yo también, jovenzuelo —suspiró Leandro—, pero mi padre dice que seré yo quien tendrá que ocuparse de la administración y que los camiones siempre podrá conducirlos otra persona.

—Cierto, muy cierto —asintió el hombre—. Lo mejor es que el dinero solo lo toque el dueño.

—¿Puedo conducir yo el camión? —preguntó Adelmo lleno de esperanza.

—Quién sabe, Adelmino mío —se rio el padre, que le acarició la cabeza, algo que solo hacía en presencia de anfitriones ilustres—. Quizás dentro de unos años podrías trabajar con Leandro.

—Todo puede ser —masculló el muchacho, que empezaba a adivinar hacia dónde se iba encaminando el hombre.

—¿Y estos estudios que vas a hacer cuánto van a durar? —preguntó el hombre, temeroso de tener que cargar con su hija durante tres o cuatro años más.

—Un año —suspiró—. Tendré que ir todas las mañanas.

—Sarna con gusto... —comentó Adelmo agarrando la enésima galleta.

—De todas maneras, tendrás pensado casarte, ¿verdad?

—Creo que sí —titubeó.

—Esto ya está hecho —anunció esa noche el hombre a su esposa, mientras se metía debajo de las mantas.

—¿Te ha pedido la mano de Amalia? —le preguntó ella.

—No, pero se notaba que tenía buenas intenciones. Dice que tiene que hacer un curso que durará un año, pero que quiere casarse en cuanto reciba el diploma de contable.

—¿Ha dicho que quiere casarse con Amalia? —insistió la incrédula mujer.

—No se ha declarado, pero ya verás como dentro de algunos días vuelve con su padre para pedírmelo oficialmente.

Los días se hicieron semanas, y las semanas, meses. En el pueblo, los tres o cuatro bailes de Amalia y Leandro durante las fiestas patronales no habían pasado desapercibidos. Y la merienda con vino y pastas dulces también había tenido cierta repercusión. Todo el mun-

do estaba convencido de que Amalia y Leandro iban a casarse pronto, todos excepto el propio Leandro, quien al hacer una entrega a un comerciante de Canelli conoció a la hija de este, que no solo era más rica y agraciada que Amalia, sino que también había asistido a la temida escuela de administración de empresas. Al casarse con la hija de Canelli, Leandro no ganaba únicamente una esposa acomodada, sino también una secretaria de confianza que le permitiría seguir conduciendo su querido camión y evitar el detestado estudio. Cuando la noticia del compromiso entre Leandro y la forastera llegó al pueblo, a nadie se le pasó por la cabeza que Amalia y él no habían estado nunca prometidos. O mejor, quizás a alguien se le pasó por la cabeza, pero fue más divertido atenerse a la versión del compromiso roto.

—La ha dejado por una más rica —se murmuraba el lunes entre los puestos del mercado—. ¿Qué creía su padre, que dos piernas largas valían tanto como el dinero de la hija de un comerciante?

Aunque nunca hubiera estado prometida, para todo el pueblo Amalia había sido abandonada. Y a una muchacha abandonada de casi veinticinco años no iba a quedársela ningún otro, ni siquiera uno de los pobres aparceros a los que su padre tanto despreciaba. A la pobrecita no le quedó más remedio que evitar el oprobio público e irse a trabajar a Turín. Por regla general, una mujer como ella, carente de cualquier formación, terminaría trabajando como asistenta en la casa de un empleaducho o de un maestro de primaria, pero gracias a su habilidad con aguja e hilo y a la intercesión de una pariente lejana, Amalia logró que la contrataran como aprendiz en una sombrerería.

Capítulo 3

Adelina extrajo con circunspección un fardo de tela a cuadritos de la cartera de cuero y lo depositó sobre la gran mesa.

La sala utilizada como refectorio estaba desierta. Muchas de sus compañeras se habían ido a almorzar a casa, mientras que las más afortunadas, es decir, las de padres más acomodados, saboreaban tiernos bocadillos en el Café Baratti o en el Café Fiorio. Las estudiantes de los cursos superiores, más independientes y rebeldes, aprovechaban la pausa del almuerzo para subirse al asiento de las Vespas y Lambrettas y conseguir que sus pretendientes las llevaran a alguna agradable *trattoria* en la colina, teniendo cuidado obviamente de que no las descubrieran los profesores. En ese desdichado caso, habrían explicado que el acompañante de turno era solo un primo lejano. ¡Era increíble cuántos primos lograban coleccionar algunas muchachas muy desenvueltas!

A Adelina no le disgustaba almorzar a su aire, así no tenía que preocuparse de las otras chicas, de sus miradas de indagación y de las risitas de burla que harían al ver su habitual bocadillo de tortilla. Su tía Amalia se lo preparaba cada mañana con el pan del día anterior y lo envolvía en una servilleta que, a la hora de la comida, estaba completamente empapada del aceite de la tortilla. Su tía había oído hablar muchas veces del papel de estaño, pero envolver la comida en una cosa fabricada quién sabe dónde con a saber qué vieja chatarra —esta al menos era su convicción— le revolvió el estóma-

go. Además, el papel de estaño, una vez usado, había que tirarlo, mientras que la servilleta bastaba con lavarla y volver a lavarla y, en caso necesario, remendarla. Un buen ahorro, en definitiva.

Aunque vivía desde hacía pocos meses en su casa, Adelina había entendido ya la antífona: su tía Amalia consideraba salubres todas las cosas baratas, mientras que juzgaba nocivas las que costaban más de lo que ella consideraba oportuno.

Los dientes de Adelina se hundieron con cierto esfuerzo en el pan ya seco y alcanzaron la suave tortilla de espinacas. *Las espinacas van bien* —repetía la tía Amalia—, *te ayudan a ir a ese sitio. A vosotras, las mozas, siempre os supone un esfuerzo ir allí, lo recuerdo.*

No es que la mujer sintiera una especial preocupación por la regularidad intestinal de la sobrina, la cruda verdad era que con un puñadito de espinacas podía obtener una digna tortilla utilizando un único huevo.

Masticando con diligencia el coriáceo bocado, Adelina miró a su alrededor: la pintura verdusca que cubría la parte inferior de las paredes estaba desconchada aquí y allá y el techo alto estaba oscuro en algunos puntos por las manchas de humedad. Cuando sus padres decidieron enviarla a Turín para que estudiara en una escuela para señoritas ricas, se imaginó que sería diferente. En su casa, en las colinas de Monferrato, las cosas de la gente rica eran flamantemente nuevas, como la nevera laqueada de blanco que su madre hizo llegar desde Milán o el televisor Phonola que su padre compró el año anterior y que era la envidia de todo el pueblo. Esa escuela, en cambio, de rica tan solo tenía algún remoto recuerdo, como las amplias escaleras de piedra y las imponentes columnas del atrio, todas ellas descoloridas y desconchadas, al igual que las paredes del refectorio. Sus padres eran bastante acomodados, lo sabía, pero lo eran de manera diferente a la de sus compañeras; la suya era una riqueza práctica, sin demasiada ornamentación. Su padre, Adelmo, el hermano menor de la tía Amalia, había hecho fortuna como transportista. En vez de trabajar como aparcerero en la granja familiar o ir a las depen-

dencias de algún otro, renunció valientemente a la azada para ponerse al volante de una furgoneta comprada a plazos. Todo el mundo lo había desanimado, pero ahora, una década después, poseía una de las casas más grandes del pueblo y se había comprado una nevera, un televisor último modelo y nada menos que dos radios. Por no hablar de su señora, quien en la iglesia los domingos siempre iba vestida mejor que todas las demás parroquianas, incluida la esposa del farmacéutico, que cada año iba a Turín para poner al día su ropero. A Adelina le gustaba vivir con sus padres, amaba su colegio y adoraba ver la televisión el sábado por la noche, cuando venían a su casa todos los vecinos y a veces hasta el sacerdote. Le gustaba mucho su pueblo y se habría quedado allí de buena gana si no hubiera sido por ese tontorrón de Mariolino, un muchacho de dieciséis años grande, gordo e idiota que, según su padre, le tiraba la caña. En realidad, Mariolino no había hecho gran cosa o tal vez a ella tampoco le quedaba claro lo que significaba «tirar la caña». Todas las fechorías del muchachote se limitaban a esperar fuera de la iglesia para saludarla a ella y a sus padres cuando terminaba la misa, o bien esperarla cuando salía de la escuela, siempre apoyado contra la pared. Aparte de sonrisas tontorronas y gestos con la mano, no había hecho nada más que estar callado y adosado a la pared. Una noche, sin embargo, el frustrado se apoyó contra la pared incorrecta, es decir, la del recinto de su gran casa. Durante un momento, el padre de Adelina lamentó haber abandonado la vida agrícola, elección que lo privaba de una horca providencial con la que perseguir al pretendiente inoportuno. Una escoba de sorgo que usaban para barrer el patio resultó ser, en cualquier caso, útil para la ocasión y el presunto pretendiente fue obligado a retirarse. Esa noche, aunque no tuviera nada que ver, castigaron a Adelina en su habitación, donde pudo, no obstante, entender todas las sílabas pronunciadas, o mejor gritadas, por sus padres.

—¿Ves cómo funciona el mundo? —gritaba su padre—. Un pobre diablo se mata a trabajar, gana cuatro perras y enseguida algún pordiosero quiere aprovecharse.

—No exageres, Adelmo, nuestra Adelina solo tiene catorce años y nadie quiere robártela.

—Quizás no de inmediato —contestó el padre junto con un fuerte manotazo en la mesa—, pero los muchachos del pueblo ya la rondan, y ese Mariolino está marcando el territorio igual que los perros.

—Mariolino es un buen chaval, nunca ha hecho nada malo.

—¡Y tampoco nada bueno! Se pasa todo el día clavado en la plaza mirando a la gente pasar. A su edad debería estar en los viñedos o en una tienda para ganarse el pan. Apostaría algo a que la idea de lanzarle la caña a Adelina ni siquiera es suya, es demasiado idiota para que se le haya ocurrido por su cuenta. Probablemente ha sido su padre, otro buen vago, quien lo ha animado. Yo ya he visto venir a esos golfos, quieren vivir todos ellos a nuestra costa.

—¿Y si así fuera? —rebatió la mujer con voz aguda—. Nuestra Adelina es inteligente, dentro de poco se sacará el título de enseñanza media y seguro que no le hará caso a un estúpido que, de no haber sido por el cura, quien tuvo unas buenas palabras, ni siquiera habría pasado el examen de quinto de primaria.

—A lo mejor no le dará cuartelillo a Mariolino, pero podría llegar otro tan vivales pero menos estúpido.

—Déjalo ya, Adelmo, hablas como si Adelina fuera una coqueta y todo el pueblo fuera detrás de ella. Es solo una niña, ni siquiera se ha desarrollado.

—Sí, pero lo hará pronto, y en cuanto le broten las tetas, brotarán también los gilipollas. Y, además, desarrollada o no, aquí corre peligro —terció el padre con un tono repleto de desprecio que por un instante le hizo a Adelina sentirse realmente en peligro.

—¿Te acuerdas de Marietta, la hija de Aldo Porro?

—Esa es una historia de muchos años antes de la guerra —replió la esposa.

—¡Hay historias que nunca envejecen! Marietta era lisa como una tabla y no tenía más de doce años cuando ese cabrón del mozo de la familia se acostó con ella en el henil. Y así el pobre Aldo, para

salvar la cara, tuvo que entregarle a su hija y la granja a ese muerto de hambre.

Adelina se estremeció de rabia y de disgusto. Por más que sus padres siempre se habían esforzado por que ignorara ciertas cosas, había crecido en el pueblo y sabía cómo iban esas historias: el gallo con las gallinas, el toro con las vacas, hasta su perro, tan bueno y afectuoso. Todos los machos saltaban sobre las grupas de las hembras, que, por su parte, unas graznando, otras mugiendo y otras ladrando desesperadamente, trataban de rehuirlos. Pero ella no era una bestia de corral, nadie podría atraparla en un establo, y tenía bastante sal en la mollera para no dejarse llevar a un henil.

—Estos son los peligros que acechan a las hijas únicas —prosiguió el padre—. Los gilipollas se fijan en las cosas de sus padres y no tienen escrúpulos. Ya lo tengo decidido: después del verano se marchará a Turín, a casa de mi hermana, a estudiar en una escuela para señoritas. Y cuando regrese con su buen diploma, tendrá la instrucción necesaria para ayudarme en los negocios y el juicio suficiente para distinguir un buen partido de un pésimo individuo como Mariolino. Si los moscones quieren zumbear alrededor del azúcar, yo cojo la azucarera entera y la encierro en la despensa.

—¿No has oído la campanilla? —le gritó a pocos centímetros de las orejas una gruesa conserje—. Corre a clase, que aquí tengo que limpiar.

Adelina se puso en pie de un salto, se metió a la fuerza los últimos trozos del bocadillo en la boca y, arriesgándose a ahogarse, se dirigió a paso ligero hacia su aula. Por suerte tenía clase de Matemáticas y esa no era una materia que la preocupara. Los números eran sus amigos, se mantenían quietos y en silencio en la página de la libreta, esperando serenamente a que ella los sumara, restara, multiplicara o dividiera. Las letras impresas en los libros, en cambio, desde hacía algunos meses la asustaban. Observadas una a una, las

letras eran mansas y tranquilas exactamente igual que los números, pero tan pronto como se unían en palabras, frases y párrafos, ya empezaban a bailar, a esconderse y a escapar de su control.

—Después de la última hora vente a mi casa —le ordenó Luisella—. Tendré que meterte en la cabeza la lección.

—Gracias, Luisella. Solo tendré que ir a decírselo a mi tía.

—Puedes llamarla por teléfono.

—Mi tía Amalia no tiene teléfono.

—¿Por qué no tiene? —se inmiscuyó Giuditta con tono indignado.

—Dice que no quiere gastar dinero para dejar que la gente la moleste —contestó Adelina con un candor extremo.

—De acuerdo. —Se tranquilizó Luisella—. Entonces nos vemos en mi casa a las cinco en punto. Te escribo la dirección.

—Señoritas, a sus sitios —ladró una vieja monja que entraba en el aula—. Saquen sus cuadernos y dejen ya de graznar.